

MARILYN R. FRANKENTHALER. *J. C. Onetti: la salvación por la forma*. New York: Abra Ediciones, 1977.

En 1975, Marilyn R. Frankenthaler dio a conocer en *Revista Iberoamericana* un complemento a la bibliografía publicada anteriormente por Hugo J. Verani, y mediante ello quedaba puesta de manifiesto la voluminosa lectura crítica que el novelista uruguayo había despertado hasta esa fecha. Era evidente, sin embargo, que el grueso lo componían artículos, ensayos breves o notas bibliográficas, y que salvo el clásico trabajo de James E. Irby de 1956 o el ensayo de Angel Rama a propósito de *El pozo* en 1965 la obra de Onetti no había merecido la atención monográfica que su calidad hacía previsible. Es hacia comienzos de la presente década cuando se intentan las primeras «valoraciones múltiples»: en 1969, la preparada por Reinaldo García Ramos, editada por *Casa de las Américas*; en 1970 —fecha de la edición de las *Obras completas* prologadas por E. Rodríguez Monegal—, la de Lídice Gómez Mango, publicada en Montevideo, y en 1973, la de Jorge Ruffinelli, aparecida en *Biblioteca de Marcha*. No es casual, pues, que la media docena de tesis y/o estudios dedicados a la producción onettiana se concentren en los últimos cinco años; basta recordar al respecto los nombres de Adams, Deredita, Kadir, Ludmer y Verani.

El presente libro de Frankenthaler se inserta en esa colección más o menos reciente de la crítica onettiana y, por tanto, no puede menos que dar razón de sí mismo por medio de un análisis que alude las aproximaciones o enfoques parciales de sus predecesores. La lectura que propone su *J. C. Onetti: la salvación por la forma*, según afirma su autora en la «introducción», nace de un enfoque propio del campo de la literatura comparada: «Este estudio nace de la necesidad de enfocar la obra onettiana a base de la concepción existencialista y de compararla con la de los pensadores más destacados de ese movimiento en Europa» (p. 11). No hay duda que la personal necesidad de Marilyn R. Frankenthaler puede ser muy auténtica —para emplear un término caro a los existencialistas— e incluso legítimo. Otro problema radica en la necesidad que la producción onettiana tiene todavía de dicho enfoque.

Es bastante evidente que, desde esta perspectiva, la lectura que se realiza de Onetti tenderá a postergar algunos aspectos de su producción, a la vez que privilegiará otros. Así, si bien se afirma que «para comprender la obra onettiana es preciso localizarla en el contexto rioplatense» (p. 11) y para ello se rastreen los antecedentes literarios del narrador en Uruguay y en Argentina —desde Bellán

y Lucio V. López en adelante, respectivamente—, cuando se analiza «El medioambiente» —de hecho, el escenario— se sostiene que a pesar de su importancia no es determinante, pues «el hombre onettiano carece de raíces expuestas (y) tampoco en el ambiente porque no llega a relacionarse con su medio» (p. 56). Quizá la lectura existencialista de Frankenthaler esté condicionada por un explicable (tal vez incluso compartible) afán de rechazar una lectura naturalista o meramente determinista en el caso de Onetti, pero como por otra parte no logra más que señalar diferencias y accidentales coincidencias para con el existencialismo, llega a sostener que «Onetti es existencialista a lo Onetti, como en cierta manera lo fueron el mismo Sartre, Albert Camus, Gabriel Marcel...» (p. 28). Afirmación que abre una peligrosa vía a una conceptualización que lleva o puede llevar a lo difuso y anodino. Ya que si bien Frankenthaler parte de un cierto paradigma del existencialismo, éste resulta matizado de modo tan intenso que la confrontación de la producción onettiana para con él no se logra sostener plenamente.

Los siguientes capítulos, «El personaje» y el sartreano «El yo y el otro», insisten, por una parte, en el exilio, en la anonimidad y en el desarraigo del hombre onettiano, y por otra, en la soledad que nace «... de un desarraigo con relación al medio urbano o de una falta de identidad al nivel individual y nacional» (p. 109). Con una lógica implacable se puede inferir, como en realidad ocurre, que Frankenthaler se dedique a estudiar «La evasión» y «El enfrentamiento». Son precisamente estos capítulos los más interesantes de su trabajo, y es en el análisis del enfrentamiento donde su enfoque comparatista funciona con mayor provecho. Al confrontar la producción onettiana y los diversos matices que proponen sus textos con lo escrito por Sartre, Camus, Simone de Beauvoir y también con Faulkner y Arlt, logra precisar lo más característico del novelista uruguayo. Y esto menos como un modo de ejemplificar un caso particular de existencialismo que como un análisis de una producción literaria con independencia de su particular filiación filosófica. No corresponde pedirle a un crítico lo que sus presupuestos ideológicos no contemplan, pero no podemos menos que señalar los límites de un trabajo que se orienta de algún modo ahistóricamente. Es esto quizá lo que hace a Frankenthaler abstraerse de la historicidad de la producción onettiana y es esto también lo que le permite un interesante análisis de cierta lógica interna que regula la narrativa del escritor uruguayo según ella lo lee. En el capítulo titulado «La evasión», por ejemplo, estudia el problema del tiempo, e incluso señala dos grandes etapas en la producción onettiana; pero ni cuando la temporalidad —que no es sinónimo de historicidad— se convierte en objeto de su análisis ni cuando accidentalmente señala etapas en un proceso literario, Frankenthaler deja el encuadre que el existencialismo —asentado en sus premisas como objeto de estudio— confiere al problema.

Por otra parte, a la consideración del hombre onettiano y del escritor Onetti como un solitario desarraigado que no puede encontrar ni en la sociedad ni en el trato íntimo una vía de escape a la depresión y al escepticismo vital —ya que no angustia— le sigue el análisis de lo que Frankenthaler presenta como su tesis principal: lo que ella llama «la salvación por la forma». En su último capítulo, previo a la conclusión, «Situaciones límites y salvaciones posibles», y partiendo de las categorías caras al existencialismo de «situación límite», «ser auténtico», «culpa» y, en particular, de la situación límite de la muerte, la autora revisa la narrativa de Onetti para descartar una tras otra las distintas vías de escape o, más precisamente, de salvación que se ofrecen en ese mundo. Es aquí donde Frankenthaler presenta su afirmación fundamental: «La idea de la forma estática cabe bien

en el mundo antifenomenológico de Onetti porque no depende del trato en un mundo donde nada vale la pena ser hecho. Se puede considerar así en la forma como un posible valor del tipo que el hombre debe crearse según el existencialismo. El mundo onettiano resulta ser en ese sentido una serie de formas desprovistas de contenido tanto en los actos de la vida como en los de la muerte» (p. 152). De inmediato, y precisando su propuesta, aclarará que «además de la forma estática en que se pueden cuajar los actos de la vida o de la muerte hay otro tipo de forma que puede conferir algún valor a un mundo que parece no tener ninguno. Se trata de la escritura, el acto mismo de crear, que puede servir de salida o de salvación en el mundo onettiano» (p. 153). El esteticismo o formalismo resultante de esta tesis, en lo que a la producción onettiana respecta, no es, sin embargo, vacuo. En cierto sentido reafirma lo sostenido por el propio Onetti, lo que no significa nada especial, ya que la autoridad de la autointerpretación —de este o cualquier otro escritor— para con su producción es más que cuestionable. No es vacuo, insistimos, porque presupone una lectura cuyas implicaciones quedan en evidencia en el resumen final, que es la «Conclusión» del trabajo crítico de Frankenthaler. En dicho resumen la autora sostiene, luego de lo afirmado al comienzo, que «no se ha intentado describir la obra de Onetti en términos de puro escritor existencialista, para luego insistir que, «de la misma manera que se habla de un existencialismo sartreano, existe un existencialismo onettiano». Para terminar describiendo «toda la obra narrativa onettiana» como «única extensa novela que, aplicada en términos musicales, podría denominarse un tema con variaciones. A lo largo de toda esta trayectoria, sólo le resta al hombre una única posibilidad, un círculo obsesivo y final: la forma misma» (p. 159).

La propuesta de este existencialismo a lo Onetti, cuyo valor máximo es la forma, implica la dilución de una visión un tanto más compleja. El libro de Frankenthaler se suma a la tradición crítica de Onetti sin configurar un aporte de mayor interés, su especificidad, y las premisas y categorías de que parte encuadran su visión de un modo total.

HUGO ACHUGAR

*University of Pittsburgh.*

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ. *Balada de otro tiempo*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1978.

Los últimos han sido años importantes para la narrativa puertorriqueña. Tras los logros alcanzados por la llamada generación de 1940, generación que se destacaba más en el cuento que en la novela, sobreviene un momento de aparente inactividad en la narrativa. Pero en la presente década florecen otra vez el cuento y la novela puertorriqueños. Ahora, algunos de los narradores mayores —Pedro Juan Soto, Emilio Díaz Valcárcel, José Luis González y hasta Enrique Laguerre— publican libros que rompen con la tónica, temática y estética de sus primeras producciones o que vienen a consolidar los logros ya alcanzados. Otros escritores que se habían concentrado en el teatro o la poesía —Luis Rafael Sánchez, Anagilda Garrastegui— publican novelas que marcan nuevos derroteros estéticos. Una nueva generación —Rosario Ferré, Edgardo Rodríguez Juliá, Tomás López Ramírez, etc.— irrumpe en forma definitiva, renegando violenta o calmadamente contra esa co-